

Silvio Mattoni

Silvio Mattoni (Córdoba, Argentina, 1969)
 Ha publicado los libros de poesía: El Bizantino (1994),
 Tres poemas dramáticos (1995), Sagitario (1998),
 Canéloras (2000), El País de las Larvas (2001) e Hilos (2002)



(Tuve el hijo que quise tener)

Tuvi el hijo que quise tener,
 él no quiso tener el que tuvo.
 Demasiado inteligente para ignorar
 cuánto los separaba, cuánto
 me correspondía. Voy a llevarle
 comida a la estudiada celda
 donde su soledad se sigue resistiendo
 a la comunidad imposible. "¿Qué
 va a hacer de su vida?", se preguntaba
 siempre, "¿por qué no ejerce su carrera?".
 Ay, pero no sabías hacia dónde
 corre tu hijo, adelante, muy lejos
 de tus deseos de multiplicación
 de dinero y descendientes. Flota
 suspendido en lo que piensa y abre
 sus alas sobre la tierra que te cubre.
 Él gastará lo que ganaste.
 Cada minuto de su vida le redime
 de los recuerdos huecos y pesados
 que imaginaste cayéndole encima.
 Como una planta de invierno, busca el sol
 y nada lo apartará de su designio.
 Si vieras cuán delicadamente se expresa
 su valentía en estas ceremonias,
 aprenderás que los libros no enloquecen
 y que la única ruta de su vuelo
 pasa a través de los huesos de los vivos.
 No será un huérano que pierde a todos
 sus amigos y en adelante camina
 mirando el piso adonde caerían
 lágrimas que no se anima a soltar.
 No pedirá limosna a los parientes
 para que piadosamente le alcancen
 un vaso medio lleno. Ya loma
 la negra sangre sin buscar excusas
 y humedece de a poco su garganta.
 Te da a la muerte, le considera ido,
 y pide a cambio una atención que no sea
 un subsidio. Cuando nadie se acuerde
 de tu vida, él seguirá pensándola.

(Murió como vivió, solo y cansado)

Murió como vivió, solo y cansado
 de haber hecho promesas. Era
 el marido de mi hija, que debía
 cuidarla. Mirenla, llora
 por algo que perdió mucho antes,
 cuando se separaron y él se fue.
 Ahora al fin confirma su partida
 inicial. ¿Por qué lloras? ¿Acaso
 te duelen los partos de mis nietos?
 Lo único que hizo. Casi nada, ¿no?
 Los hombres son así, le ponen nombre
 al instante preciso en que se van
 a ver de lejos un niño que no toleran.
 No pueden soportar haber nacido
 del mismo sexo que ahora los fascina.
 Sientes un hueco, ya sé, es la viudez
 que ningún divorcio imita. ¿Cuántos
 años crees que me quedan, sola
 desde hace tantos? Cada arruga
 en mi cara recuerda lágrimas
 infantiles, cuando en piezas soñadas
 con más intensidad ante el reliro
 lento de la memoria reciente
 supe que no tenía algo, que no trabajaría
 sino para dar con alguien que pudiera
 disimular mi plenitud. Te tuve
 a vos, vos a tus hijos, y los otros
 se posaban como pájaros pensando
 bautizar con su fugacidad el árbol
 que los seducía. Ah, la fruta joven
 de mi cuerpo, que después renació
 en el tuyo. Los picotazos útiles
 no dejan rastro en la semilla
 que liberan. Lloremos un día y después
 enterraremos todo en el olvido
 que ya conocemos. Hija, no trates
 de imponer a los días culpa y voluntad
 como este pajarito que ignoró
 la noche hasta el anuncio médico
 de una muerte segura. ¿Hay algo más
 claro? Pero la oscuridad no puede verse
 cuando la vista se extingue.

Maldice el día en que se detuvo

¿Quién puede prever lo que va a pasar?
 ¿Quién, saber lo que le espera? Yo tuve
 la esperanza acuática de mi destreza
 en el arte de pintar. Mezclaba entonces
 cada tono, linfisímas láminas, efectos
 de luz y sombra. Pero los años
 no me dieron la medida exacta
 de mi trabajo. ¿Adónde están ahora
 mis potencias? ¿En qué lugar se decidió
 poner un límite a mis manos? ¿Tuve
 algo, alguna vez? Recuerdo, amigos,
 a una chica pálida y diminuta
 que hablaba muy despacio. La quise,
 vivimos juntos cuatro años. Al pintar,
 su cuerpo era un remolino vacilante
 sobre un banco de madera. Cuando se fue,
 supe que yo no servía nada, apenas
 un mediocre artesano, uno de miles,
 preparando un futuro ajeno. ¿Adónde
 se cortó ese hilo que me sostenía
 del cielo? Entonces yo lloraba y ahora
 me hundo en los más oscuros pozos,
 en la inmovilidad, en la repetición
 más anodina. Las aguas del destino,
 ¿pude haberlas surcado? ¿Había un barquero? ¿Qué hice mal?
 ¿Qué moneda olvidé,

cegad por el velo de mi juventud? Amigos,
 ustedes no pueden saberlo, pero pienso:

¿habrá aún esperanza para mí?

DIDASCALIA

Su mano izquierda sostenía el volante, llevándolo
 con muy ligeros toques. La forma de su rostro
 era el efecto de una causa ausente, unas gotas
 que habían caído por su frente, bordeando
 la nariz y la boca, una condena perpetua
 cuyo origen se perdía en la ruta desierta.

Silvio Mattoni, además de poeta es ensayista y traductor. Algunos de sus ensayos publicados en diversas revistas en las que colabora se reunieron en Koré (2000) y El Cuenca de Plata (2003). Como puede leerse en la nota al pie de esta página de una traducción suya del poema latino anónimo *Pervigilium Veneris* (siglo II) publicado en la revista de literatura La Mariposa Mundial (La Paz, 2004 – 2005), Silvio Mattoni tradujo libros de Calullo, Paul Valéry, Francis Ponge, Mario Luzi, Henri Michaux, Giorgio Agamben, Yves Bonnefoy, Robert Marteau, Georges Bataille, entre otros. Da clases de Estética en la Universidad Nacional de Córdoba y, como buenamente pudimos constatar, de Fernet en la discoteca Plan B.